

tan humanos, otros tan malos y crueles, unos justos, honrados, sinceros; otros incorregibles, bribones, llenos de falsía, de hipocresía, de astucia, de perfidia, se abre ante nosotros un abismo de contemplación, pues en vano meditamos sobre el origen de semejantes diferencias. Los brahmanistas y los budhistas resuelven el problema diciendo: «Es la consecuencia de las acciones en una vida anterior.» Esta solución es la más antigua, es también la más comprensible y nos viene de los más sabios entre los hombres; pero no hace más que alejar la dificultad. Sin embargo, difícilmente se encontrará solución más satisfactoria.

Desde el punto de vista del conjunto de mi doctrina, me resta decir que en este lugar en que estudiamos la *cosa en sí*, el principio de razón está demás y con él desaparece al mismo tiempo toda investigación del ¿por qué? y el ¿cómo? La libertad absoluta consiste justamente en que una cosa no esté sometida al principio de razón, puesto que es este el principio de la necesidad; dicha libertad no pertenece más que á la *cosa en sí*, y esta es la voluntad. En su fenómeno, ó sea en el *operari*, la voluntad está sometida á la necesidad; pero en el *esse*, donde se determina como *cosa en sí*, es libre. Así, en cuanto llegamos á este punto, como ocurre ahora, nada podemos explicar por razones y por conclusiones y no nos queda más que decir: aquí se manifiesta el verdadero libre albedrío, esa libertad que pertenece á la voluntad, únicamente en cuanto cosa en sí, pero en cuanto cosa en sí no tiene razón; es decir, no admite *por qué*. A esto se debe el que aquí toda comprensión cesa para nosotros, pues toda nuestra comprensión se funda únicamente en el principio de razón, puesto que consiste en el empleo de ese principio.

CAPÍTULO XLIV

METAFÍSICA DEL AMOR

Sabios, profundos y elevados eruditos;
 Vosotros que sabéis y comprendéis
 Cómo, dónde y cuándo se une todo,
 Porque todo se ama y se acaricia.
 ¡Oh grandes sabios, decidme, pues,
 Aclaradme lo que experimento,
 Explicadme dónde, cuándo, cómo
 y por qué me acontece esto!

BURGER.

Este capítulo es el último de los cuatro que, por sus relaciones múltiples y recíprocas, forman una especie de grupo de segundo orden dentro del presente libro; el lector lo habrá advertido seguramente á poca atención que haya prestado, y yo he creído inútil interrumpir el hilo de mi exposición á cada instante, para referirme al contenido de los capítulos anteriores ó remitir á él al lector.

En todos los tiempos vemos á los poetas ocupados principalmente en pintar el amor. El amor es también el tema principal de las obras dramáticas, tragedias ó comedias, dramas románticos ó clásicos, lo mismo si la acción se desarrolla en las Indias que si acontece en Europa. Lo propio ocurre con casi toda la poesía lírica y épica, sin hablar de las montañas de novelas que desde hace un siglo vienen apareciendo todos los

años en los países civilizados de Europa, con la misma regularidad que los frutos naturales de la tierra. En lo esencial, todas estas obras no son más que cuadros que nos presentan, con mayor ó menor relieve, la pasión del amor bajo todos sus aspectos.

Entre estas pinturas, las más perfectas han adquirido reputación inmortal; tales son *Romeo y Julieta*, *La Nueva Eloisa*, *Werther*. La Rochefoucault, que dice que con el amor sucede lo que con las apariciones de los espíritus: que todo el mundo habla de ellas y nadie las ha visto; y Lichtenberger, que en su artículo *Sobre el poder del amor*, pone en duda la realidad de esta pasión y niega que tenga fundamento en la naturaleza, están ambos en un profundo error.

Un sentimiento extraño á la naturaleza humana ó en contradicción con ella, un cuento de hadas inventado por capricho, no hubiera podido formar en todos los tiempos un tema inagotable para el genio poético ni ser aceptado por la humanidad entera con interés invariable, pues sin la verdad no hay belleza artística.

Rien n'est beau que le vrai; le vrai seul est aimable.

En la vida real se puede comprobar efectivamente, aunque la ocasión no se nos ofrezca todos los días, que lo que de ordinario es una inclinación muy viva, pero á la cual podemos resistir, adquiere en determinadas circunstancias las proporciones de una pasión más violenta que todas las demás. Prescindiendo de todo género de consideraciones, esta pasión derriba todos los obstáculos con un ímpetu y una perseverancia inauditas; impulsa al hombre á arrostrar todos los peligros por satisfacerla y hasta á suicidarse, lleno de desesperación, cuando sus esfuerzos son infructuosos.

Los Werther y los Jacobo Ortis no existen sólo en las novelas; cada año vemos surgir media docena por lo menos; *sed ignotis perierunt mortibus illi*, pues sus dolores no tuvieron otro cronista que el funcionario encargado de inscribir su defunción ó el noticiero de algún periódico. Cuantos leen las noticias judiciales de los periódicos de Francia é Inglaterra, pueden dar testimonio de la verdad de lo que sostengo. Y todavía es mayor el número de los individuos á quienes esta pasión conduce á los hospitales de dementes ó manicomios. A cada paso se ve también que una pareja de amantes, cuyos proyectos han venido á ser desbaratados por circunstancias exteriores, busca la muerte en un doble suicidio; pero en este caso no me explico cómo dos seres que se aman, que lo saben y que esperan hallar la felicidad suprema en el goce de su amor, no prefieren prescindir de los prejuicios sociales y soportar los inconvenientes de su situación, en vez de renunciar, dándose la muerte, á una dicha que no imaginan pueda haberla mayor. Cuanto á los grados inferiores, cuanto á los ataques pasajeros de esta pasión, todos los observamos diariamente, y mientras somos jóvenes, no sólo los tenemos delante de los ojos, sino en el corazón.

Los hechos que acabo de recordar no deberían dejar duda sobre la realidad y la gravedad de la materia. Lejos de considerar extraño que un filósofo piense en tratar este tema favorito de los poetas, habría que asombrarse de que un sentimiento que desempeña papel tan constante y de tanta importancia en la vida humana, haya parecido hasta ahora indigno de ser estudiado desde el punto de vista filosófico, hasta el punto de que todavía es en la actualidad un terreno virgen, por decirlo así. De todos los filósofos, Platón

ha sido el que más ha hablado de este asunto, principalmente en el *Banquete* y en *Fedro*, pero lo que dice se mantiene en la esfera de los mitos, de las fábulas y de los discretos, y en gran parte, sólo se refiere al amor socrático. Lo poco que Rousseau escribió acerca de este asunto en su *Discurso sobre la desigualdad*, es falso é insuficiente. Las explicaciones de Kant en la tercera parte de su tratado *Sobre el sentimiento de lo bello y de lo sublime* son superficiales, hecha sin conocimiento de causa, y, por lo mismo, inexactas en parte. Las ideas emitidas por Platner en su *Antropología*, son completamente insignificantes é insípidas. En cambio la definición de Spinoza merece ser citada, pues resulta chistosa por su extremada candidez: *Amor, dice, est titillatio, concomitante idea causa aeternae*. Se ve, pues, que no tengo predecesores á quien refutar ni de quien valerme. La cuestión se me ha presentado objetivamente y ha venido á ocupar su puesto en la serie de mis consideraciones acerca del mundo. Sé muy bien que no puedo esperar la aprobación de las personas á quienes domina esta pasión, las cuales, naturalmente, tienden á expresar la exuberancia de sus sentimientos por medio de las imágenes más sublimes y etéreas; mis observaciones les parecerán demasiado físicas y demasiado groseras, por metafísicas y trascendentes que sean en realidad. Sin embargo, confesarán las personas á quienes me refiero, que si la mujer que les inspira al presente madrigales y sonetos, hubiera venido al mundo diez y ocho años antes, la mirarían con la mayor indiferencia.

El amor, por etéreas que sean sus apariencias, tiene su raíz en el instinto sexual, y en realidad no es más que ese instinto determinado, especializado, individualizado en la acepción más estricta de la pa-

labra. Si consideramos, sin olvidar este punto de partida, el papel importante que desempeña el amor, en todos sus grados y con todos sus matices, no sólo en el teatro y en la novela, sino en el mundo real, donde al par que el apego á la vida constituye el más enérgico y activo de los resortes, donde acapara la mitad de las fuerzas y de los pensamientos de la parte más joven de la humanidad, donde es el fin último de casi todas las aspiraciones del hombre; cuando le vemos ejercer influencia maléfica en los negocios más graves, interrumpir las más serias ocupaciones, desordenar momentáneamente las cabezas más seguras y turbar, sin escrúpulo, las deliberaciones del hombre de Estado ó las meditaciones del sabio, consiguiendo introducir sus cartitas melosas y sus mechoncitos de pelo hasta en la cartera de un ministro, ó entre las hojas de un manuscrito filosófico; cuando observamos cómo es causa de las complicaciones más enmarañadas, de las más envenenadas enemistades; cómo disuelve las relaciones más preciosas, los más sólidos lazos y arrebatada á sus víctimas la vida ó la salud, la riqueza, la categoría y la dicha, haciendo del hombre honrado un miserable y un traidor del que siempre fué leal; cuando le vemos, en suma, conducirse como un demonio enemigo dedicado á trastornar, embrollar y destruir todas las cosas, no podemos menos de preguntar: ¿A qué obedece todo este ruido? ¿A qué ese encarnizamiento y ese furor? ¿A qué tantas alarmas y miserias? Pues todo se reduce sencillamente á que cada Juan encuentre su Juana. Y, ¿cómo semejante fruslería desempeña papel tan preponderante é introduce continuamente la discordia y el desorden en el curso pacífico de la vida humana? El espíritu de la verdad va dictando poco á poco la respuesta al ob-

servador atento y le deja entender que no se trata de una bagatela, sino que, esfuerzos tan serios y ardorosos, guardan proporción con la importancia del resultado.

El fin de toda intriga amorosa, ya la veamos representarse con coturno ó con zueco, es el más grave de los fines de la vida humana y merece la importancia que dan á este negocio todos los hombres. Lo que en él se decide es nada menos que *la formación de la generación futura*. El comercio amoroso, en apariencia tan frívolo, está llamado á determinar el ser y la esencia de los personajes del drama, que habrán de reemplazarnos en la escena, cuando de ella nos ausentemos. La *existencia* de esos seres futuros exige como condición indispensable el instinto sexual, en su generalidad, y su *essentia*, su índole ó naturaleza, está á su vez condicionada por el amor, por la selección individual entre los seres mediante los cuales puede aquel instinto satisfacerse; este es el proceso por virtud del cual se determina irrevocablemente esa esencia. En eso consiste la clave del problema. Para comprenderla mejor, apliquémosla á los diferentes casos, estudiando los varios grados del amor desde la inclinación más pasajera á la pasión más violenta, y así veremos que la diferencia resulta del grado de individualización que en esta elección se ha puesto.

El conjunto de las relaciones amorosas de una generación entera, representa para la humanidad cosa tan seria como la *«meditatio compositionis generationis futurae, et qua interum pendent innumerae generationes»*. La suprema importancia de este fin, que no se contrae, como los demás, á la dicha ó la infelicidad individuales, sino que atañe á la existencia y la índole de la generación futura, es la que sirve de base al

aspecto patético y sublime del amor, formando el elemento trascendente de sus encantos y sus dolores. La voluntad individual, elevada á una potencia superior, se trueca en voluntad de la especie. Si los poetas de todos los siglos nos han pintado en innumerables cuadros la imagen de esta pasión, es porque no hay tema más interesante que éste, porque refiriéndose directamente á la suerte de la especie, guarda con lo meramente individual la misma relación que un sólido con una superficie. Por eso es tan difícil dar interés á un drama si no hay en él una intriga de amor; por eso no se gasta el asunto, aunque se use de él cotidianamente.

El instinto sexual, tal como se manifiesta en la conciencia individual y sin tendencia particular hacia un individuo del otro sexo es en sí, fuera del mundo del fenómeno, mera voluntad de vivir. Pero este mismo instinto, cuando aparece en la conciencia dirigido hacia un individuo especial, es entonces voluntad de vivir en un ser particularmente determinado. En tal caso el instinto sexual, que es una necesidad subjetiva, sabe ponerse la careta de la admiración objetiva para engañar á la conciencia, pues la naturaleza se aprovecha de esta estratagema para conseguir sus fines. Pero aunque esta adoración tome apariencias ideales y se revista de la forma de una tendencia objetiva, el amor no procura otra cosa que la procreación de un ser determinado, como lo prueba el que lo esencial para el amante no es el ser correspondido, sino la posesión, el deleite físico. La seguridad de ser correspondido no basta para consolar de la imposibilidad de poseer á la persona amada, y más de un amante apeló al suicidio al verse en esta situación. En cambio, los enamorados, cuando no pueden conseguir ser corres-

pondidos, se contentan con la posesión, con el goce material, como lo prueban los matrimonios á la fuerza, los favores amorosos comprados al precio de grandes sacrificios de dinero ú de otro género, sin tener en cuenta la repugnancia que muestra la mujer amada, y, por último, los casos de violación. Procrear un hijo determinado es el fin que se persigue en toda novela de amor, aunque los actores lo ignoren: los medios son cosa secundaria. El realismo brutal de mis opiniones indignará á las almas tiernas y elevadas y en particular á los enamorados, pero la razón está de mi parte. Sus sentimientos etéreos é inateriales son burbujas de jabón junto á la importancia y sublimidad de la misión que consiste en determinar las individualidades que han de componer la futura generación. No hay otra en el mundo más elevada ni más vasta. Es la única que puede explicar la grandeza del amor apasionado, lo muy en serio que le tomamos y la importancia que se da á las mil puerilidades de que se compone y que le dan origen. Si tras estas bagatelas no sé ocultase aquel fin ¿cómo explicarse los innumerables rodeos que tenemos que dar, los esfuerzos y los tormentos infinitos á que nos sometemos para conseguir, al cabo, á la mujer amada? La generación futura, con entera determinación de todos sus individuos es quien está empujando para entrar en la vida, en todas esas agitaciones y maniobras. Esa misma generación es el principio activo de la selección circunspecta, decidida y tenaz que llamamos amor, mediante la cual persigue el individuo la satisfacción del instinto sexual. En la creciente inclinación de dos amantes late, por decirlo así, la voluntad de vivir del nuevo individuo que quieren y pueden engendrar; en la llama de las ardientes miradas llenas de deseos que entre aque-

llos se cruzan, se está encendiendo la nueva existencia de ese ser que se anuncia ya como una individualidad armónicamente organizada. Los dos amantes desean unirse, fundirse en un solo ser que continúe su existencia, y esta aspiración se realiza en el hijo que de ellos ha de nacer y en el cual las cualidades transmisibles de ambos se perpetuarán, combinadas y confundidas en una sola criatura. Por el contrario, la mutua repulsión, perseverante y acertuada entre un hombre y una mujer, indica que el fruto de su unión sería un ser mal organizado, desacorde consigo mismo y desdichado. Esto explica la profunda significación de lo que expresa Calderón al representarnos á la terrible Semíramis, á la que llama la hija del aire, como fruto de una violación seguida de la muerte del esposo.

Lo que atrae mutuamente y de un modo tan fuerte y exclusivo á dos individuos de diferente sexo, es la voluntad de vivir de la especie que se objetiva por anticipado en un ser que ha de corresponder á sus miras: éste ser es el hijo que puede engendar aquella pareja de amantes. El hijo recibirá del padre la voluntad ó el carácter, de la madre la inteligencia, de ambos la organización corporal. En el rostro se parecerá más por lo general al padre y en la estatura á la madre, por virtud de la ley que rige la hibridez en la descendencia de los animales y según la cual la talla del feto se regula por las dimensiones del útero.

La pasión individual de dos amantes es tan inexplicable como la individualidad de cada ser humano; el fenómeno es el mismo; lo que encierra implícitamente en el primer caso es lo que muestra de un modo explícito en el segundo. En realidad, el principio del nacimiento de un nuevo individuo, el verdadero *punctum saliens* de su existencia, está en aquel instante en que

comenzaron á amarse sus padres, *to fancy each other*, como se dice, muy exactamente, en la lengua inglesa. De las miradas lánguidas que se cruzan entre los amantes surge el germen primero del nuevo ser, que, como todos los gérmenes, queda muchas veces ahogado antes de desarrollarse. Este nuevo individuo es, en cierto sentido, una nueva idea platónica. De igual modo que todas las ideas aspiran con vehemencia á manifestarse y se apoderan ávidamente de la materia que la ley de causalidad reparte entre ellas para dicho efecto, esta idea particular de un individuo humano procura con igual vehemencia y avidez penetrar en la realidad exterior. De ahí dimana la mutua pasión de los futuros padres de este individuo.

Los grados del amor son inmutables, pero los extremos fueron designados con los nombres de *Afrodita pandemos* y *Afrodita urania*; la esencia es siempre la misma. Respecto al grado, será tanto más violenta la pasión cuanto más individualizada esté, es decir, cuanto más apta sea la persona amada, por su organización y condiciones, para satisfacer el deseo del amante y sus propias necesidades instintivas determinadas por su propia individualidad. Lo que sigue indicará más claramente lo que quiero decir. Las cualidades preferidas en primer término son la salud, la fuerza, la belleza, en una palabra la juventud, en razón á que la voluntad quiere realizar ante todo el carácter específico de la raza humana, la base primera de toda individualidad. El amor vulgar, que vemos á cada paso, *Afrodita pandemos*, apenas busca otra cosa. A estas exigencias se unen luego otras, que examinaremos después más detalladamente y con cuya satisfacción crece el amor, llegando á su apogeo cuando la mutua armonía de dos personalidades es tal, que la vo-

luntad ó carácter del padre, combinado con la inteligencia de la madre, pueden dar origen al individuo que reclama la voluntad de la especie entera, en relación exacta con esta combinación, y, por tanto, con un ardor capaz de llenar la medida de los corazones de los mortales, y que es incomprendible para la inteligencia individual. En esto consiste el espíritu de las grandes pasiones. Cuanto más perfecta sea esta armonía entre dos seres, bajo todos los aspectos, mayor será su pasión mutua. Como no existen dos individuos idénticos, no habrá más que un hombre que, en relación al hijo futuro, se armonice enteramente con tal mujer determinada, y la pasión amorosa en su grado supremo es tan rara como la eventualidad de que aquellos dos seres se encuentren. Pero como la posibilidad de un gran amor existe en el fondo de toda criatura humana, las pinturas que de él nos traza la poesía son comprensibles para todos.

La procreación y las cualidades del hijo son la sustancia y el fin real del amor, por lo cual puede ocurrir que entre dos jóvenes de sexo diferente y de buena educación no exista más que la amistad basada en la conformidad de sentimientos, de carácter y de inclinaciones espirituales, sin intención alguna amorosa y hasta repugnándoles la idea de todo comercio carnal entre ambos. La razón es que el hijo que podrían engendrar carecería de armonía en sus cualidades físicas é intelectuales, esto es, que no correspondería su ser y su conformación á las miras de la voluntad de vivir de la especie. Cuando el hijo posible corresponda á estas miras, nacerá el amor á pesar de la diferencia de sentimientos, de carácter y de inclinaciones espirituales, pues el amor es ciego para todo esto, mas un matrimonio en tales condiciones será desgraciado.